

Caroline O'Donoghue publica 'El factor Rachel', una obra sobre las amistades a los 20 años y la sociedad conservadora

“Las irlandesas hemos aprendido a decir ‘basta’”



ANDREA MARTÍNEZ

La escritora irlandesa Caroline O'Donoghue durante su visita a Barcelona para hablar de su novela *El factor Rachel*

LARA GÓMEZ RUIZ
Barcelona

Es increíble como muchas de las amistades que hacemos cuando tenemos veinte años resisten al paso del tiempo. No importa que haya traiciones, celos y toxicidad. Nos empeñamos en idealizarlas y seguir viéndolas puras. Tal vez, pese a todo, lo sean”, reflexiona Caroline O'Donoghue (Cork, 1990), que acaba de publicar la novela *El factor Rachel* (Libros del Asteroide/ Amster-

dam), en la que aborda esta cuestión y que refleja como telón de fondo una realidad de Irlanda: “Las mujeres ya no nos callamos. Hemos aprendido a decir ‘basta’”, asegura la autora de este último libro, del que ya se han vendido más de 100.000 ejemplares en el Reino Unido. La cadena norteamericana Universal Content Productions ha comprado los derechos para adaptarlo a la televisión.

Rachel, la protagonista, es una universitaria que trabaja en una librería. Allí traba amistad con James, su compañero de trabajo, de quien no tarda en hacerse

inseparable. Ambos buscan abrirse camino en la Irlanda de la última gran crisis financiera mientras gestionan sus caóticas vidas. “Nunca pensé que fuera a escribir sobre algo que, salvando las distancias, tiene mucho que ver conmigo. No soy Rachel, pero sí que he vivido una relación de amistad tan intensa como la suya. Las amistades son relaciones que pueden ser igual de intensas que un matrimonio”.

La trama surgió durante la covid. “Yo estaba empeñada en escribir una novela muy crítica con los teléfonos móviles, que nos absorben y nos hacen perder

la noción del tiempo. Pero entonces llegó la pandemia y la tecnología se hizo imprescindible. No tenía sentido que, en el momento que más nos han ayudado estos avances, yo me pusiera a criticarlos. Y pensé: ‘¿Y ahora sobre qué escribo?’ No tenía mucho margen de tiempo, pues me comprometí en entregar algo a mi editor. Tenía que ser algo que no requiriera mucha investigación y que, a la vez, conociera bien y me hubiera marcado. Y la relación con mi mejor amigo, Ryan, pues así se llama en la vida real, sin duda lo ha hecho”.

Pero la novela es mucho más

compleja que la narración de una simple, aunque profunda, amistad. Habla de la sociedad de Cork, a la que describe como “muy cerrada” hace tan solo quince años. “No fue hasta el 2015 que se aprobó el matrimonio homosexual. Que una persona tuviera una relación con alguien de su mismo sexo se veía como una fase hasta ese momento, como si estuviera experimentando con su sexualidad. Luego, en el 2018, vino la ley del

“Las mujeres, durante generaciones, no hemos disfrutado de nuestros logros porque la culpa nos acecha”

aborto. La mía es la generación que ha ganado este derecho en edad reproductiva. Y no sentimos culpa alguna, y digo esto porque las mujeres, durante generaciones, no hemos disfrutado al cien por cien nuestros logros porque, de un modo u otro, la culpa nos acecha. El sistema se encarga de que nos sintamos así”.

Este hartazgo y, a la vez, empoderamiento, se refleja en la escritura del país. “En Irlanda algo se está moviendo en el mundo de las letras. Las tornas han cambiado y las mujeres llevamos por primera vez la voz cantante. Sin ir más lejos, son varias las autoras irlandesas que han copado las librerías este año, como Sally Rooney —uno de los fenómenos de la rentrée mundial—, Claire Keegan, Audrey Magee, Emilie Pine o ella misma. “Queremos poner muchos temas sobre la mesa que hasta ahora no se nos ha permitido. Lo estamos haciendo y me gusta saber que lo hemos conseguido juntas”.

El pasado jueves, cinco días después de saltar como una ménade poseída por Dionisio en el ritual de culto al nuevo dios Trump en Butler, Pensilvania, Elon Musk presentó en los estudios Warner Bros de Hollywood el robotaxi CyberCab de Tesla y el androide Optimus, un asistente doméstico al que describió como una versión mejorada de los R2-D2 y C3-PO de *Star Wars*. La camiseta de Occupy Mars que llevaba en el primer acto da la clave para interpretar la secuencia trazada por ambos momentos: el de la participación en el evento teológico-político de la apoteosis del César en el mismo lugar del milagro que le permitió sobrevivir y el del espectáculo publicitario retrofuturista de la promoción de sus propios proyectos como tecnólogo dedicado a la conversión de la ciencia ficción en realidad. Además de un videojuego, Occupy Mars es el lema de SpaceX, fundada por Musk, que la presentó como una empresa orientada a la colonización del planeta rojo para constituir

Política marciana

Josep Maria Ruiz Simon



una muy marciana democracia libertaria y asegurar la supervivencia de la especie en caso de catástrofe y que ahora, gracias a su filial Starlink, es un actor decisivo en las guerras de Ucrania y Oriente Medio. La contribución de Musk a la construcción de la imagen de Trump como un instrumento de la divina providencia para

que los estadounidenses superen la crisis del presente se articula con la configuración de una imagen del futuro que busca convertir las grandes tecnológicas en templos de una nueva fe popular que se quiere compatible con las antiguas.

El guion de la película que Musk proyecta en la mente de los electores durante la campaña de las presidenciales es de hecho una adaptación de la *Decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler, libro de cabecera de su bro Peter Thiel. Spengler hablaba de una era de la técnica destinada a desembocar en el cesarismo y en la que el ingeniero, el “docto sacerdote de la máquina”, oficiaría de guía. En el tiempo de la guerra de drones y algoritmos y de la vigilancia global, los grandes empresarios-ingenieros aún no han conquistado Marte, pero aspiran a colonizar los estados y a un poder político indirecto semejante al de la Iglesia en la sociedad preliberal. Hace cuatro décadas, Jeffrey Herf publicó un libro que tiene una rara actualidad, *El modernismo reaccionario: tecnología, cultura y política en Weimar y*

el Tercer Reich, que situaba el relato spengleriano en el marco de la integración del discurso geopolítico de los ingenieros alemanes sobre el progreso tecnológico y el rearme en la narrativa de un nacionalismo germánico que siempre había atribuido todos los males de la modernidad al papel que la Ilustración había

El conservadurismo de EE.UU. hace años que busca su presente en la Alemania de Weimar

dado a la técnica. Ya hace años que el conservadurismo norteamericano busca el reflejo del presente de EE.UU. en el espejo de la Alemania de Weimar. A Spengler le gustaba hablar del carácter demoníaco de la técnica moderna y de pactos fáusticos. Las analogías históricas también las carga el diablo.